

LIBRO SEGUNDO

FUNCIONES INTERMEDIAS

DE LA

VIDA ECONÓMICA

CAPÍTULO I

EL CAMBIO

El cambio es el fenómeno fundamental del comercio.—Cambio de mercancías.—Cambio de objetos á los que se les asigna un valor en mercancías ó de valores entre sí.—Con la división del trabajo se verifican las operaciones del cambio con mayor facilidad y precisión.—Especialidad de las funciones en el mecanismo del cambio.—Comercio primitivo.—Cambio directo de mercancías.—La moneda.—Los instrumentos de cambio.—El mecanismo del cambio.

51.—El acto fundamental del comercio es el cambio. No se concibe el comercio sin el cambio, ya sea de mercancías, de servicios, de monedas ó de valores. Úsase la palabra *comercio* en el sentido amplio, cuando se dice *comercio de la vida*, como relación del cambio de servicios que unos hombres prestan á otros; y en el sentido estricto, en la acepción puramente económica, se refiere al cambio de mercancías, de monedas y valores. Los actos más secundarios de la vida mercantil no tienen otro objeto que promover, encauzar, dirigir, garantizar, extender ó activar el cambio; y las condiciones de toda clase que en la vida social influyen sobre el comercio, no son más que factores del cambio ó elemen-

tos que tienen con él una relación directa ó indirecta; por fin, nos resta señalar los contratos fundamentales de la vida económica como transformaciones de la primitiva permuta ó cambio de mercancías. Tan encarnada está la idea del cambio en todo lo que al comercio se refiere, que usualmente se confunden ambas palabras y se emplean indistintamente al decir *libre cambio* como equivalente á *comercio libre*, y en este sentido lo emplean hoy los ingleses *free trade*, y los españoles al usar la palabra *cambio*, los catalanes *cambi*, los provenzales *camje*, los franceses *change*, y así teniendo á la vista las etimologías y las acepciones, se ha hecho notar que el comercio en todas sus esferas no es más que un cambio repetido (1).

Los primeros cambios debieron consistir en armas y alimentos. A medida que el hombre perfeccionó sus armas para la defensa y la caza, aumentó el caudal de alimentos (2) y fué más variada la comida. Cuando un individuo ó un grupo tenía un exceso de carne de mammut ó estaba harto de ella, la cambiaba por carne de caballo, de reno ó por unas cuantas piezas de pequeños mamíferos ó sarta de pájaros. Los hombres de la edad de la Magdalena hacían entrar en sus trueques y permutas grandes cantidades de pescado, especialmente el salmón de Perigord y el sollo cogido en los Pirineos (3). Entre los australianos, la pesada diorita, que servía para hacer hachas, era transportada á centenares de millas por los indígenas, que en cambio recibían de

(1) Véase *Diccionario general etimológico de la lengua española*, por D. ROQUE BARCIA; Madrid, 1880, palabra cambio, pág. 723, tomo I.
(2) QUATREFAGES, *L'espèce humaine*, 5.ª edición, Paris, 1879, pág. 237 y siguientes.
(3) QUATREFAGES, obra citada.

otras tribus los preciados productos de sus distritos, tales como el ocre rojo, que les servía para pintarse el cuerpo; llevando tan lejos su respeto al tráfico, que dejaban pasar á los comerciantes ilesos y salvos en medio de tribus que estaban en guerra (1). El principio esencial del comercio moderno sigue siendo aún lo que fué entre los rudos indios del Brasil, cuyas tribus hacían muchas más flechas envenenadas de las que necesitaban, á fin de cambiar las sobrantes por lanzas de madera dura de árboles que crecían en otro distrito ó por hamacas de palmeras (2).

El cazador canadiense necesita para su propio uso muy pocas pieles; pero como puede adquirirlas en abundancia, las recoge para cambiarlas por telas, especies y otros productos que le traen los traficantes de otras regiones (3). Hace notar Tylor, que la historia general del comercio del mundo es el desarrollo de este principio en los pormenores del antiguo tráfico de Egipto con Asiria y la India, las colonias fenicias que comerciaban con el Mediterráneo, las antiguas vías de comercio á través de Asia y Europa, el auge de los príncipes mercaderes de Génova y Venecia, los primeros viajes alrededor del Cabo á las Indias orientales, el descubrimiento de América y la navegación del Océano por el vapor (4).

En los primitivos cambios, tales como debieron realizarlos aquellos hombres de las primeras edades y los salvajes más atrasados, no hallamos todavía

(1) TYLOR, *Antropología*, edic. esp., pág. 324.
(2) TYLOR, obra citada, pág. 328.
(3) TYLOR, *Antropología*, edic. esp., pág. 328.
(4) TYLOR, ob. cit., pág. 329.

nedas son las guindjas, cierto instrumento de hierro (1).

Entre ciertas tribus del centro de Africa se usan como moneda las baiakas, pequeñas perlas blancas. Refiere Brunache que en Brazza, Africa, la moneda generalmente empleada en las transacciones es el mitako, pequeñas barras de latón de 4 milímetros de diámetro y de 30 centímetros de largo. Su curso es admitido hasta Lirringa juntamente con los tejidos de hilo de chang y ciertos utensilios, especialmente botellas que tienen un gran valor en Likouba (2). En los países nómadas ó entre gentes que no están fijos en un sitio, que no tienen hábitos sedentarios, claro es que han de abundar los objetos de valor fácilmente portables. He aquí porque los judíos han procurado acumular riquezas en objetos de poco volumen, he aquí porqué los grupos nómadas como gitanos, húngaros, etc., van cargados de anillos y descalzos (3).

52.—El uso de la moneda provino según Tylor de haber sido el oro y la plata en los antiguos tiempos trocados al peso por mercancías según puede verse en las pinturas de los antiguos egipcios, pesando en sus balanzas montones de anillos de oro y plata, lo que muestra que estas no eran todavía monedas propiamente dichas. Algo de esto sucede aún con el oro y la plata con que se trafica en Oriente, donde

trumentos, v. ECHANGE, *Descriptive sociology; or groups of sociological facts classified and arranged by Herbert Spencer*, London, July, 1873, tomo I, pág. 49; ingleses, tomo II, pág. 55; antiguos mejicanos, americanos del centro, antiguos peruanos; tomo III, pág. 47; razas malayo-polinesias, negro, etc.; tomo VI, pág. 43; razas americanas; tomo VII, pág. 98; hebreos y fenicios; tomo VIII, pág. 135.

(1) BRUNACHE. *Au Tour du Tchad*, pág. 67.

(2) BRUNACHE. *Ob. cit.*

(3) Véase sobre este particular lo que dice BRUNACHE. *Le centre de l'Afrique.—Au tour du Tchad*, págs. 8 y 9.

se pesan y cuentan pequeños lingotes con el objeto de ver lo que cada uno vale (1).

Los cambios de mercancías cuando se efectuaron en épocas normales de una manera constante y bajo cierta estabilidad, y á medida que fueron extendiéndose en agrupaciones, tribus, pueblos ó naciones compuestos de gran número de individuos, dieron lugar á creación de costumbres, instituciones, maneras y tipos de valor para ajustar los cálculos. La idea de representar por medio de signos convencionales una cierta cantidad de riqueza, ó de objetos que signifiquen ó equivalgan á objetos de riqueza, es muy antigua. Según Daux (2), antiguamente los fragmentos de pieles y los granos de trigo hacían el papel de billetes de banco, y siguiendo una antigua costumbre, los cartagineses se servían de trozos de cuero con una marca particular (3). Tylor afirma que la moneda aparece cuando las piezas de metal se hacen de un tamaño y forma fijos, y se marcan con una figura ó inscripción que las autoricen de modo que puedan recibirse sin necesidad de pesarlas ó ensayarlas, y supone que esto, con ser una cosa tan sencilla, no se les ocurrió á muchos pueblos de la antigüedad; y que la moneda primitiva consiste en los primeros cubos de oro estampados de la China y las piezas de cobre con la hechura de camisas y cuchillos que pretendían representar cuchillos verdaderos. En Lidia y en Egina aparecen las monedas en su primitiva forma como rudos zoquetes de metales preciosos, estampados por un lado

(1) TYLOR. *Antropología*.

(2) *L'industrie humaine*, pág. 207.

(3) Véase ALFREDO J. CHURCH, *Historia de Cartago*, edic. esp.; Madrid, 1889, pág. 172.

solamente con un símbolo, tal como la tortuga, y mostrando en el otro la señal del yunque ó herramienta en que se colgaban para ser acuñadas, modelos accidentales que luego se mejoraron en las últimas monedas, convirtiéndose en un reverso ornamentado. El arte de la acuñación hizo grandes adelantos, de modo que entre las más preciosas monedas del mundo se encuentra el de oro que tiene el busto de Filipo de Macedonia, con la cabeza laureada por un lado y un carro con dos caballos en el otro. Una de las razones por la cual las monedas no se acuñaron en tan altos relieves, es porque se desgastaban mucho por el uso. El *as* romano, que no fué acuñado sino fundido, parece haber sido al principio una libra de cobre, y su nombre significaba *uno* (1). La acuñación constituyó desde las primitivas edades un monopolio del Estado, y pronto comenzó la práctica de rebajarse la ley de la moneda y disminuir su peso en provecho del real tesoro. Hasta donde se llevó esta rebaja por los gobiernos, puede verse en el hecho de que la libra de plata llegó á rebajar su valor hasta la libra francesa, *livre* ó *franco*, y á la libra escocesa, valor de ocho reales. Aunque el valor de la moneda se ha cambiado, la acuñación de los antiguos tiempos puede trazarse aun hasta nuestros días en la contabilidad

(1) Para la división de la unidad monetaria de los romanos, véase CARLOS MAYUZ, *Curso de Derecho romano*, edic. esp. de Poi y Ordinas; Barcelona, 1887, tomo II, pág. 61; nota núm. 20 y tomo III, pág. 338, nota 20; y para todo lo relativo á las antigüedades romanas, especialmente medallas y monedas, véase la gran colección de GRONOVIIUS *Thesaurus antiquitates grecarum atque romanarum*. La edición que he tenido á la vista en la biblioteca universitaria, antes llamada convento de San Juan, tiene más de treinta tomos de marca mayor, con magníficos grabados y diseños, y la considero rara, pues en ningún catálogo de bibliotecas particulares le he visto anunciada. Como obra especial, puede consultarse M. MOMSEN, *Histoire de la monnaie romaine*, edic. franc. del DUQUE DE BLAGAS y notas del BARON DE VITTE.

inglesa, donde se conservan todavía las letras L. S. D. (*libra solidi denari*) de los romanos (1).

En la mayor parte de los pueblos antiguos, antes de adoptar un signo metálico, el ganado servía de tipo para valorar las cosas, como lo indica la palabra latina *pecunia*, que como la otra *peculium*, se deriva de *pecus* (rebaño). En el *Rig-Veda*, en el *Zend-Avesta*, en los poemas homéricos y en las leyes irlandesas de los comienzos de la Edad Media, las evaluaciones se hacían por unidades de bueyes y vacas. Lo propio se encuentra en las más antiguas tradiciones romanas. La citada palabra *pecunia*, que pasó á ser la designación general del instrumento de los cambios, se aplicó luego á la moneda metálica cuando fué el signo representativo de los valores. Esto sucedió en Roma entre los pueblos del Norte de Europa y en el último extremo de los dominios de la raza ariana en donde *rāpya* (moneda de oro ó de plata) se deriva de *rupe*, rebaño. Según Lenormant (2), fué Solón el autor de la primera moneda metálica de Atenas y quien convirtió en valores monetarios las multas fijadas en ganado por las antiguas leyes de Dracon, y lo hizo tarifando á un draema y á cinco dracmas lo que antes se fijaba en un carnero y un buey, de lo que resulta la existencia de una antigua escala proporcional de valores, en la que un buey equivalía á cinco carneros. Las ciudades griegas transmitieron á los latinos el uso de la moneda y una palabra que estos pronunciaron, *nummus* ó *numus*. Durante millares de años,

(1) TYLOR, *Antropología*, edic. esp., pág. 326 y siguientes.

(2) *La Monnaie dans l'antiquité*. Leçons professées dans le chaire d'archéologie près la Bibliothèque nationale en 1875-77, par FRANÇOIS LENORMANT; Paris, 1878, tomo I, pág. 77.

Egipto, Caldea, Asiria, con relaciones comerciales muy extensas, se servían de metales preciosos, ignorando el uso de la moneda y empleando para sus transacciones lingotes de metal de formas variables, sin sello ni marca que asegurara en nombre de una autoridad pública la exactitud del peso ni la legitimidad, de manera que debían pesarse los lingotes en cada transacción. Cierta cantidad de metal representaba un valor fijo, y esta cantidad de metal aparecía regulada según la escala ponderal en uso entre los diferentes pueblos; así en el Asia semítica el siclo no era considerado como una moneda, sino como una unidad de peso, y la estimación del valor de las cosas se hacía por una cantidad de oro ó de plata en bruto, según un cierto número de siclos. Más tarde se fijó el peso exacto de los lingotes, los cuales si se destinaban á la circulación, se fabricaban bajo los tipos de una escala ponderal exacta. La necesidad de hacer pagos pequeños, las transacciones de poco valor, pero infinitas, de cantidades muy reducidas, obligaron á poner en circulación pequeños lingotes de peso fijo, que constituyeron en todas las civilizaciones orientales de la antigüedad una especie de numerario antes de la invención de la moneda. La innovación más importante, la verdadera creación de la moneda, fué la marea ó sello oficial puesto en esta antigua especie de numerario, en los reducidos fragmentos de metal de peso fijo y regular, y lanzado al público como signo de valor é instrumento de cambio con garantía del Estado.

53.—Con la moneda nació la compraventa (1),

(1) Aristóteles, *Política*, I, 6, 14, 16, tomo I, pág. 53, traducción de M. BARTHELEMY SAINT-HILAIRE.

forma de adquisición excesivamente simple en sus orígenes, pero luego perfeccionada por la experiencia y que dió margen en la circulación de los objetos á cuantiosos recursos y beneficios. Con la moneda y la adopción de la compra se extendieron y facilitaron las transacciones extraordinariamente; pues contando con la garantía del Estado de que el valor intrínseco coincide con el valor nominal, se recibieron los valores sin previo examen y al tipo de su valor de emisión. Las disposiciones sobre curso legal de la moneda y las costumbres comerciales que la aceptaron para las transacciones, la extendieron por el mundo civilizado de la antigüedad y han universalizado su uso. Es un hecho universalmente reconocido y fuera de toda duda, que en los comienzos del siglo VII, antes de la Era cristiana, empezó á usarse la moneda, cuya invención es debida á los griegos ó á los lydios, dos pueblos pertenecientes al mundo griego-pelasgo. Antes de ellos no se encuentra en el mundo antiguo ninguna huella de moneda desde las columnas de Hércules hasta más allá del Ganges. Es más, el uso de la moneda se ha extendido gracias á la influencia del helenismo, lo cual puede comprobarse históricamente (1). Recientes investigaciones nos demuestran que los chinos desconocieron antiguamente la moneda acuñada; pero en cambio, desde el año 107 antes de Jesucristo pusieron en circulación papel moneda (2).

Bien es verdad que los papyrus del tiempo de la XIX dinastía egipcia hablan de una gratificación de 100 *utens*, ó simplemente *tens* de cobre, distri-

(1) LENORMANT. *La monnaie dans l'antiquité*, pág. 92.

(2) HELLWALD. *Historia de la civilización*, edic. esp., pág. 161.

buidos entre la guarnición de la plaza fuerte de Pa-Ramsés en el Bajo Egipto, con objeto de celebrar la visita del rey Mereuphtah, y gran número de documentos que se encuentran en el Museo de Bou-lag nos indican que las adquisiciones, las evacuaciones y los pagos se hacían en *utens* ó *tens* de cobre; es igualmente cierto que el salario de los obreros que trabajaban en los templos era de cinco *utens* de cobre mensuales, acompañado de cierto número de raciones de granos y cereales; pero los datos que tenemos del antiguo Egipto nos obligan á creer, que si bien el mecanismo de sus cambios interiores estaba muy por encima del simple trueque ó permuta, que la medida del valor de los objetos y las mercancías se verificaban bajo un tipo común de los valores era el cobre, que circulaba y se apreciaba simplemente el peso sin forma monetaria, y medido y pesado por medio de la balanza en cada contrato; pues precisamente, como hace notar Lenormant (1), en cada adquisición, pago ó valoración en *utens* de cobre que nos presentan los documentos egipcios, no se encuentra indicio alguno de existencia de lo que denominamos moneda, propiamente dicha: de una moneda revestida de garantía pública, con curso legal y sin que tenga que recurrirse á cada instante á la balanza.

Es indudable que el uso constante en el comercio de un signo representativo de los valores, como el metal en barras ó lingotes, con ó sin expresión del peso, constituye un inmenso progreso sobre aquel estado en que una mercancía, los carneros y los bueyes, constituían una unidad de valor; pero

(1) *La monnaie dans l'antiquité*, edic. cit. pág. 97.

difiero de la opinión de muchos autores, que creen que constituye un progreso, una diferenciación de la moneda acuñada, el uso del papel moneda y de ciertos instrumentos de cambio. Yo creo que el papel moneda y aun las letras de cambio son anteriores á la moneda propiamente dicha y que este es el verdadero tipo, el último grado de progreso, la última fórmula en la historia de la evolución de los signos representativos del valor. Desde el signo representativo del valor en metal—piezas en lingotes que se apreciaban al peso—se pasó al papel moneda, á las letras de cambio y tardó aun mucho en aperecer la moneda metálica acuñada oficial. Tylor (1) cree que para el pequeño tráfico dentro de cada país, bastaba con la moneda de metal; pero que ofrecía grandes perturbaciones y riesgos el tener que enviarlas á centenares de millas para el pago de las mercancías compradas en lejanos países, y que un sustituto del oro y de la plata fácilmente transportable, era el billete de banco ó promesas de pagar cierta cantidad, expedido por alguna tesorería ó algún banquero, y que, como la moneda, podía transmitirse de mano en mano. Supone Tylor que el emperador de la China aparece haber expedido estos billetes en cambio de dinero cerca del siglo VIII, y que en el siglo XIII el famoso viajero comerciante en Tartaria, Marco Polo, describe las monedas del gran Khan hechas de piezas de cortezas de morera acuñadas, y aun supone el autor citado que más útil fué para el comercio la invención de la letra de cambio. Yo entiendo, y así nos lo enseña la historia de la antigüedad, que el invento de

(1) *Antropología*, edic. esp. pág. 327.

la moneda y de los signos representativos del valor y de los instrumentos de cambio no tuvieron lugar sucesivamente y unos después de otros, sino que primero se efectuaron los cambios por mercancías, después por unidades de una mercancía determinada (carneros, vacas, etc.), que servían de tipo de valor; más tarde por unidades de especies metálicas que se valoraban y apreciaban al peso, y que luego, á fin de ahorrarse en las transacciones el transporte de masas metálicas, se imaginaron mil formas el papel moneda, valores fiduciarios, órdenes de pago y especies más ó menos rudimentarias de nuestros cheques, letras de cambio, billetes de banco, etcétera, etc., y que mucho más tarde apareció la moneda metálica acuñada como tipo de valor y con curso legal.

54.—En los antiguos pueblos, y aun hoy en muchas comarcas, se sirven de anillos de plata y oro para los cambios. Los celtas de la Gran Bretaña é Irlanda, los irlandeses hasta el siglo XIII, se hallan en este caso, en igual forma que hoy se encuentran en el interior de Africa y en muchas partes de la India, y son varios los pueblos que aun hoy desconocen el uso de la moneda. En la antigua Siria usaban lingotes metálicos, y en los monumentos egipcios encontramos que Tutmosis III, en el año veinte y tres de su reinado, recibió de los kletas 301 utens de plata (28 kilogramos 896 gramos) en ocho anillos, y en el Museo de Leyden se encuentran gran número de anillos que sirvieron pura y exclusivamente como instrumentos de cambio, que no están arreglados ni sobre el tipo egipcio del uten y del kito, ni sobre el tipo etiope del pek, aunque fuesen

encontrados en Egipto, y Lenormant (1) halló que eran divisiones exactas y normales del siclo caldeo-babilonio. Cuando debían pagarse pequeñas cantidades, para las cuales bastaba uno ó algunos anillos, los egipcios contrataban por siclos de plata. En el Asia Anterior, los anillos de oro y plata servían de instrumentos para los cambios, y se introdujeron en la circulación metálica de Egipto en la época de la XVIII y XIX dinastía, con una escala gradual de peso muy regular y que descendía hasta cantidades muy reducidas. Cuando Abraham compró á los hetheos un campo para destinarlo á sepultura de familia, entregó 400 siclos de plata (2), y como los lingotes eran de peso regular y exacto, y conforme á tipos de su uso habitual los cortaban por piezas, tanto en Egipto como en Palestina, así lo hizo Abimelech, rey de Gerar, cuando ofreció un regalo de plata á Abraham, y los mercaderes medianitas cuando compraron á José, y cuando éste ya gran dignatario del Egipto hizo un regalo á Benjamín. Es cosa, pues, averiguada y fuera de duda que en aquellos tiempos ni los hebreos, ni los cananeos, ni los egipcios, tenían moneda alguna acuñada, marcada y sellada, y faltaba á todos este medio de cambio, como dice muy bien Lenormant (3), la ley y la forma, usando la frase de los juriconsultos romanos; faltaba la garantía del peso y de la calidad,

(1) *La monnaie dans l'antiquité*, pág. 103.

(2) En la edición de que me sirvo, *La Santa Biblia*, Vulgata latina (y su traducción al español por el ILMO. DR. D. FELIX TORRES AMAT, con notas de éste y del ILMO. P. FELIPE SCIO DE SAN MIGUEL, cronología del Rdo. P. FIDEL FITA, S. J., comentarios y vindicias; Barcelona), cap. 23, versículo 16, dice: «Abraham, oido esto, hizo pesar el dinero determinado por Efrón á presencia de los hijos de Het, es á saber: 400 siclos de plata de buena moneda corriente,» y en la nota 23, dice: «El hebreo. 400 pesos de plata corriente al mercader.»

(3) Obra citada, pág. 109.